JUAN G. OLMEDILLA Y FAUSTINO NADAL

# La vida loca

COMEDIA



JUAN G. OLMEDILLA Y FAUSTINO NADAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
1928

3

# LA VIDA LOCA

# La vida loca

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

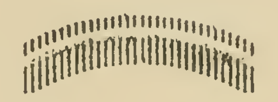

Juan G. Olmedilla

y

Faustino Nadal


---

Obra estrenada en el Teatro Poliorama, de Barcelona, la noche del miércoles 24 de Octubre de 1928, por la Compañía Soler Mary-Rodríguez de la Vega.




1928

GRAFICA LITERARIA

VIRTUDES, 19. TEL. 36160

MADRID

A Salvador Soler Mary,
afectuosamente.

Los autores.

## REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| *GLORIA, Marquesa de Altolarre* | Carmen Sánchez. |
| *Elvira Olmedo* | Elena Cózar. |
| *Condesa de Rabioli* | Josefina de la Prida. |
| *Gran Duquesa d'Aumont* | Emma Picot. |
| *Doncella* | Blanca Belver. |
| *ALFREDO MANZANARES* | Salvador Soler-Mary. |
| *Zúñiga* | Agustín Povedano. |
| *Platell* | Franco Mistrali. |
| *Ojeda* | Rafael S. París. |
| *«Flor de Lirio»* | Emilio Fábregas. |
| *Zaldívar* | Joaquín Alcaine. |
| *Criado* | José Mallén. |

La acción, en la capital de un Principado de la Europa imaginaria utilizada en todas las comedias de este corte. Antes de la Gran Guerra.

Derecha e izquierda, las del actor.

# ACTO PRIMERO

*Despacho-gabinete íntimo en casa de Alfredo Manzanares. Puerta al foro y lateral izquierda. Amplio mirador en segundo derecha. Zócalo de madera, y sobre su repisa, fotografías, objetos de arte, cacharros de buen gusto, etc., etc. Invierno.*

## ESCENA PRIMERA

ALFREDO *y* CRIADO

ALF. *(Hombre de unos treinta y cinco años. Distinguido. Viste batín de casa. Sale por lateral izquierda, toca el timbre y acude el* CRIADO.*)* El correo... ¿Hay alguna novedad?

CRIADO El señor Zúñiga ha telefoneado que vendrá a las doce.

ALF. ¿Por qué no avisó usted?

CRIADO Como el señor tiene dada orden de que no se le moleste a primera hora...

ALF. Bien, traiga el correo. *(Mutis del* CRIADO *por el foro. Alfredo descorre las cortinas del mirador. El* CRIADO *vuelve con varias cartas, que dejará sobre la mesa, y la prensa, que dejará sobre una mesita.)*

CRIADO ¿Ordena algo más el señor?

ALF. Nada. *(Rápido.)* ¡Ah! Que no pase nadie sin anunciarse. Sea quien sea. ¿Entiende usted?

CRIADO Bien, señor. *(Mutis por el foro.)*

ALF. *(Abre dos o tres cartas. Se detiene en la lectura de la última, y expresa con gestos su complacencia. Seguidamente llama al teléfono, que estará encima de la*

*mesa despacho.)* Mil trescientos cincuenta y dos... Sí, sí... *(Volviendo a leer la carta.)* Uno, tres, cinco, dos... ¿La señora Marquesa?... *(Pausa.)* Tenga la bondad de anunciar al teléfono a don Alfredo Manzanares... Bien; espero... *(Pausa.)* ¡Ah, Marquesa! Acabo de leer su carta. Complacidísimo... *(Pausa.)* Es para mí un honor y un gran placer, pero deseo evitarle la molestia... *(Pausa.)* ¡No sea maliciosa, Marquesa!... *(Pausa.)* Como quiera... Obedezco... Muy suyo. *(Sonríe, cuelga el aparato, cruza la escena y se detiene al escuchar fuera una llamada de timbre. Con impaciencia y fruición.)* ¿Visitas? ¡No, no quiero ver a nadie! A nadie más que a ella, a la Marquesa, a Gloria... *(Pensativo, de pronto.)* ¿Mi Gloria? ¿Quién sabe? *(Entra el* CRIADO. *Alfredo, adelantándose a sus palabras.)* Oiga, vendrá la señora Marquesa de Altolarre. Hágala pasar inmediatamente.

CRIADO — Si el señor me permite...

ALF. — Diga...

CRIADO — Que espera la señorita Elvira.

ALF. — *(Como saliendo de su abstraimiento.)* ¿La señorita Elvira?

CRIADO — Sí, sí, señorito; como todas las mañanas.

ALF. — *(Mira el reloj. Titubea.)* No... no sé... Bueno... Que pase, que pase. *(Mutis del* CRIADO *por el foro.)*

## ESCENA II

ALFREDO *y* ELVIRA

ELV. — *(Una muchacha bonita y elegante, con sencillez, de veinte a veinticinco años. Al entrar por el foro, se quita el sombrero con naturalidad y lo tira sobre un mueble. Trae en la mano un ramo de rosas de té.)* ¿Desde cuándo se me obliga a hacer antesala?

¡Ya se conoce que vas para «personaje», chico! Claro, con el último éxito...

ALF. *(Disimulando su impaciencia.)* Elvira...

ELV. ¿No me das un beso? ¡Te estás volviendo más descastado!... Mira, te traigo unas flores.

ALF. *(Displicente.)* Bien, gracias.

ELV. No creas que es tan fácil encontrarlas en esta época. Las pondremos en este búcaro. (*Sobre la mesita del centro.*) ¿Qué te parecen?

ALF. Preciosas, y tú, divina, encantadora, adorable. (*Estos tres adjetivos, dichos como por rutina.*)

ELV. ¿De verdad, Alfredillo? (*Acariciándole.)*

ALF. *(Esquivando sus caricias.)* Deja que te admire. Estás monísima. ¡Qué sencillez, qué primor!

ELV. ¡Elegante que es una!... Modelo de «chez-moi». Soy una alhaja. (*Ríen.)* ¿Estarás satisfecho?

ALF. ¿Por qué?

ELV. ¿Te vas a hacer de nuevas?

ALF. ¿De nuevas? No sé a qué te refieres.

ELV. ¡Eres admirable!... Te felicito.

ALF. Pero ¿por qué?

ELV. ¿No sabes? ¡Vaya polvareda que ha levantado tu artículo de ayer en «El Demócrata»!

ALF. ¡Ah! ¿Qué dices?

ELV. Pero ¿cómo? ¿No estás enterado? Ese socialista, Salcedo, lo leyó anoche en la Cámara, y al terminar, se ganó una ovación de la izquierda.

ALF. ¡Chiquilla, es la primera noticia!

ELV. ¿Quieres que te regale el oído? «La Ultima hora», de anoche, ya lo comentaba, y la prensa de hoy te dedica sus editoriales. (*Se sienta casi tumbada en un diván.)*

ALF. (*Busca con ansiedad en los periódicos. Leyendo con alegria, «ausente» de Elvira.*) A ver... A ver... ¡Cla-

ro! ¡Naturalmente! (*Volviéndose a ella.*) Perdóname, Elvirín; es muy lógica mi satisfacción.

ELV. Y muy legítima... Pero... Oyeme: ¿dónde estuviste anoche?

ALF. (*Sin dejar la lectura.*) En casa...

ELV. ¿Y no leiste la prensa?

ALF. No; me sentía mal.

ELV. (*Nerviosa.*) ¿Mal, o... demasiado bien?

ALF. ¿Qué quieres decir?

ELV. Nada y mucho. La verdad: ¿dónde estuviste anoche?

ALF. (*Sin dejar de leer.*) ¿Celos?

ELV. Celos, no. Pero, vamos, es incomprensible esa ausencia tuya del mundo. ¡Dónde habrás estado desde... que me dejaste a las siete, hasta ahora, en que, por lo visto, vuelves a la realidad!...

ALF. No vulgarices. No tiene importancia. Unos amigos me comprometieron... y, ya sabes...

ELV. (*Saltando del diván.*) ¿Quieres dejar la lectura?... ¿Por qué mientes?

ALF. Explicaciones, no.

ELV. No tengo derecho, ¿verdad?

ALF. Pero, mujer, no adoptes ese tono. Sé razonable. (*Pausa. Consulta su reloj disimuladamente.*) ¿Qué, no vas a la oficina?

ELV. No; hoy no voy.

ALF. ¿Que no vas?

ELV. Que no voy... ¿Te molesta?... ¿Desbarato algún plan?

ALF. No... Es decir, sí: espero una visita.

ELV. ¿«El» o «ella»?

ALF ¡Qué cosas dices! ¡Aquí no hay más «ella» que tú!

ELV. ¡Qué más quisiera yo! En fin, si no te molesto,

ni desbarato ningún plan, me quedo. Mientras atiendes esa visita, te despacharé el correo. (*Hace intención de sentarse a la mesa despacho.*)

ALF. (*Nervioso e impaciente.*) Mira... Mejor será que cojas un taxi. Das un paseo por el Jardín de Invierno; a las doce, te recojo en la Rosaleda y almorzamos juntos. ¿Qué te parece?... La conferencia será larga...

ELV. No, Alfredo, no. Excusas, no. Te conozco lo bastante para saber que finjes. Hace cinco años que entro en tu corazón y en tu casa; cinco años que he vivido por ti y para ti, ayudándote, alentándote... siendo, tú lo has dicho mil veces, tu musa, tu compañera... Me has hecho soñar y ser feliz; creí que tú también lo eras; hoy, por primera vez, me doy cuenta de tu desvío... (*Llora.*)

ALF. Serénate. No tienes razón para estos reproches. Yo te quiero...

ELV. Calla, calla; no son lágrimas de niña mimada, ni de celos, no. Es un dolor muy hondo. Hace unos meses, cerca del año ya, vives en pleno éxito. Hacia arriba... Apartándote, sin tú mismo darte cuenta, de mi cariño, de tus sueños de muchacho. Tus artículos, tus novelas... Eres ya casi un personaje... El hombre de moda, el «ministrable», como dicen en tus periódicos... La ambición te aleja demasiado pronto de mí.

ALF. ¡No será un reproche! Mi ambición es noble, lícita. ¿Quién no ambiciona? ¿Quién no desea el triunfo?

ELV. Yo misma lo deseo para ti; porque lo mereces, porque te quiero; pero adivino que tu triunfo será mi derrota. Tendré que apartarme para que vueles solo, más alto, libremente...

ALF. Deja el campo romántico, Elvira. Ocuparás siempre un lugar preferente en mi alma...

ELV. Eso; un lugar preferente; no el de elegida. Pido mucho, ¿verdad?... Te he dado mi vida, mi alma, en una entrega absoluta de mí misma, sin pensar en nada, ni en tu cariño, acaso porque me bastaba con quererte...

ALF. ¿A dónde vas a parar con tus vehemencias? *(Pausa.)* Considera que me debo a muchas circunstancias. Si por lo de hoy no me crees, pregunta al criado. *(A un gesto de ella.)* No, no es la primera vez que lo haces. Espero a Zúñiga. Ten en cuenta las muchas atenciones qne le debo. Tú sabes que aún no hace tres meses me fijó dos mil pesetas de sueldo por mi colaboración. Me anticipó treinta mil, con las que me he instalado decorosamente... ¿Te parece bien que no le reciba, o que esté violento en nuestra entrevista pensando que tú esperas? Tu escena es importuna. Compréndelo.

ELV. Porque comprendo lo que no quisiera, sufro. Te estorbo, pero no hoy sólo, sino de aquí en adelante. *(Inicia abatida el mutis.)*

ALF. *(Levantándose y atajándola con súbita efusión.)* ¡Ea! No tolero que te atormentes más. Ven aquí. Mírame; enjuga esas lágrimas... Te quiero... te quiero...

ELV. ¡Alfredo!...

ALF. Un abrazo, un beso, y se acabó... ¿verdad? *(Mirando con disimulo el reloj.)* ¿Me esperas en la Rosaleda?

ELV. Lo que quieras... ¿Irás?

ALF. ¡Qué pregunta!

ELV. Júrame... No, no, nada. Dirías que son celos.

ALF. *(Como recurso.)* Te lo juro.

ELV. ¡Te creo; te creo apenas que hablas! Hasta luego. *(Se pone el sombrero. Va a salir por el foro, pero Alfredo la detiene, acompañándola cariñoso por el lateral izquierda.)*

ALF. Vete por aquí. Si estuviera ese señor en la antesala, me molestaría que te viese. *(Se besan.* ELVIRA *hace mutis por el lateral izquierda. El respira libre. Llama. Acude el* CRIADO.) Pronto, la americana. ¿No ha venido nadie?

CRIADO Nadie, señorito. *(Mutis lateral izquierda. Pausa.)*

ALF. *(Impaciente.)* ¡Vamos... vivo! *(El* CRIADO *sale con la americana. Alfredo se quita el batín, se pone la americana, se arregla la corbata y el cabello. El* CRIADO *hace de nuevo mutis por el lateral izquierda, y vuelve a salir inmediatamente a punto de sonar un timbre en la puerta del piso, hacia donde corre, para volver inmediatamente, anunciando:)*

CRIADO La señora Marquesa de Altolarre.

## ESCENA III

ALFREDO *y* GLORIA, *por el foro.*

ALF. ¡Oh, Marquesa! Es un honor y una dicha. *(Besándole la mano.)*

GLO. *(La Marquesa es una arrogantísima mujer de unos treinta años. Inteligente, sugestiva, mundana siempre. Habla en todo momento, dueña de la situación, sin alterarse lo más mínimo. Viste elegante traje de mañana, con sombrero.)* Alguien lo juzgará una locura. Me adelanté cincuenta años a mi época. No doy más importancia a los hechos de la que en sí tienen. *(Observa el recinto.)* El gabinete es muy coquetón. Simpático el tono... acogedor el ambiente... *(Por el ramo de rosas.)* Amigo Alfredo, esta galantería le acredita. *(Huele las flores.)*

En esta época del año es, muy difícil encontrar tales rosas. Sólo un deseo de rendida complacencia... Se lo agradezco mucho... mucho.

ALF. No tiene importancia, Marquesa.

GLO. Nada de Marquesa: Gloria, es más íntimo.

ALF. Si usted me lo permite, daré orden para que nos preparen unos cóteles.

GLO. Prefiero que actúe usted de «barman». Hemos de hablar mucho, y muy íntimamente.

ALF. *(Avanzando hacia ella.)* ¡Gloria!

GLO. Pida, pida la cotelera y los licores.

ALF. *(Al* CRIADO, *que habrá acudido a su llamada de timbre.)* Servicio de cóteles. *(El* CRIADO *hace mutis por el foro. Alfredo ofrece a la Marquesa un servicio de fumar.)* ¿Un cigarrillo? ¿Turco? ¿Egipcio?...

GLO. Esos cigarrillos son para soñar. Nosotros tenemos que pensar. Deme un cigarrillo inglés. ¡Es el tabaco fuerte de una raza más fuerte todavía! *(Pausa. Encienden. El* CRIADO *entra por el foro, deja sobre la mesita un servicio de coteles, y hace mutis.)* ¿Qué pensará usted?... Un hombre para mí desconocido, desconocido el hombre, no su obra, a quien he sido presentada ayer en un aparitif de moda; de quien acepto una invitación para cenar reunidos; que tiene la gentileza de acompañarme hasta las altas horas de la noche, y a quien en las primeras de la mañana escribo solicitando de él una estrevista, ha de pensar de mí que soy una mujer trivial, ligera... capaz de las mayores audacias... Pero usted no es un hombre vulgar. Usted, cuando un hecho se produce, debe intentar saber a qué causas obedece..., ¿no?

ALF. Gloria. El alma de la mujer es de una comple

jidad peligrosa para el análisis. Yo sólo pienso que cuando una mujer procede como usted, tendrá sus razones. Tratar de conocer éstas, sería tanto como penetrar en su alma, y esto es imposible.

GLO. ¿Usted psicólogo? ¿Usted definidor?

ALF. ¡Palabras! A través de mi obra, habrá podido observar cómo estudio en este sentido el alma femenina; pero el literato, más que acertar, sólo puede aspirar a entretener.

GLO. ¡Falsa modestia! ¡Conozco cómo juzga usted a la mujer de un modo abstracto, y quisiera que me juzgase concretamente.

ALF. Muy difícil. Tal vez si no estuviera influído por su presencia... por su hermosura... Pero ahora sólo soy hombre para admirarla.. para adorarla... *(Pausa rápida.)* ¡Gloria!...

GLO. *(Esquivando.)* Procede usted como un colegial. Concédame, por lo menos, el privilegio de no considerarme una mujer fácil.

ALF. Excuse mi ligereza. Pero el deseo, cuando lo provoca la admiración, no ofende. Entre hombre y mujer, hay respetos que no se sabe a quién ofenden más, si a la mujer o al hombre.

GLO. ¡Claro, amigo mío! Está usted obligado a galantearme. Pero domine sus nervios. Se va en seguida a los veinte últimos metros de la película.

ALF. *(Animado por estas palabras.)* ¡Es usted deliciosa!

GLO. *(Esquivando.)* ¿Un cótel? *(Beben. Después de beber, ríen. Pausa.)* Usted ha pensado... la verdad... que estoy... es fuerte la palabra, pongamos otra: «enamorada de usted.» *(Gesto de él.)* Ya le he dicho que hemos de hablar muy íntimamente. Cuando usted me escuche, juzgara,

y... después... llegaremos a donde haya que llegar.

ALF. ¿Una esperanza?

GLO. ¡Una esperanza! ¡Oh, la influecia del soñador tabaco egipcio! ¿Ve usted? (*Arrojando humo, y tirando el cigarrillo.*) Tabaco inglés: fuerte; acaso una promesa.

ALF. ¡Gloria, déjeme soñar con esa promesa!

GLO. ¡Egoista!... ¡Hombre!... Sueñe, sueñe, mientras yo piso la realidad.

ALF. (*Besándole las manos.*) Esto ya es una realidad. (*Se sienta junto a ella que le detiene con un gesto mundano.*)

GLO. Escúcheme. Necesito de usted un gran favor... No, no es esta la frase... la prestación de un gran servicio. Estoy en un momento transcendental de mi vida. Cuando me quedé viuda... (*A un gesto de impaciencia en él.*) Es idispensable esta referencia... Estaba locamente enamorada de mi marido. Enviudé de un modo trágico. Un flirt sin importancia... una imprudencia... pasemos esto por alto. El dolor de mi corazón era tanto más intenso, por sentirme causante de él. No había consuelo para mí. Busqué lenitivo a mi pena, y... sólo hallé la razón de mi existencia en el placer... en los placeres. Pasada la impresión de novedad, todos me resultaban indiferentes. Hasta que un día.. Verá usted... es interesante. Un día, en Dauville, sentado a la mesa de ruleta, junto a mí, estaba un hombre distinguidísimo. Debía de perder un dineral. Puso treinta luises. Todo su dinero, y en unos minutos, ganó dos millones de francos. Poco después le encontre en Biarritz arruinado. Nos hicimos amigos, y comentando su hazaña, me

dijo: «Nada hay comparable a la emoción de jugar! ¡El supremo recurso!» Jugamos juntos, naturalmente, con mi dinero. Cuando nos separamos, yo era otra mujer: me había envenenado de azar. El juego era para mí, lo que la morfina para otros desgraciados. Pero sintiendo pequeño el riesgo del tapete verde me dediqué a las jugadas de Bolsa... Y eso es todo. *(Pausa.)*

ALF. No acierto...

GLO. Yo tengo un gran capital; un fabuloso capital. Usted, Alfredo, está en un momento decisivo de su vida; el momento de «ser o no ser», como exclamaba Hamlet, cuando todavía se pensaba con miedo y duda en el más allá. Hoy la duda es por lo de aquí. Aquí «hay que ser», y eso se lleva ganado, por si allá «no se es.»

ALF. Nuestro flirt va... degenerando en conferencia.

GLO. Justo. *(Con ironía.)* En... «conferencia... económica.»

ALF. *(Levantándose.)* ¡Marquesa!

GLO. *(Muy dueña de la situación.)* Pudo suponerme una mujer superficial, y agradecí su error. No reproche ahora mi primera equivocación.

ALF. ¡Señora, hablemos claro!

GLO. Con toda sinceridad: por la prestación del gran servicio que de usted necesito, llegaría a ofrecerle hasta...

ABF. Señora, no hable más, se lo suplico. No soy un arrivista. Tengo la presunción de creer que lo poco o mucho que valgo, lo debo exclusivamente a mis propios méritos. *(Toca el timbre en actitud inequívoca de final de entrevista.)*

GLO. *(Cortando la acción a Alfredo y dirigiéndose al* CRIADO, *que acude a la llamada.)* Diga al trece cincuenta y dos de mi parte, que a la hora de la comi-

da manden el coche abierto al Grand-Hotel *(Mutis del* CRIADO.) ¡Caballero! En una proposición, no hay ofensa para nadie. En todo caso, para el que propone, si el que escucha no acepta.

ALF. ¡Magnífico! Ahora puedo juzgar su proceder con pleno conocimiento. *(Irónico.)* Es usted una... señora que busca demasiado la emoción de la aventura.

GLO. *(Sin inmutarse, o más bien, dominándose.)* Le felicito: ha encontrado usted la frase justa para condenarme sin ofenderme. No tengo yo, por lo visto, la misma suerte para persuadirle sin... herir su incorruptibilidad. Todo es uno y lo mismo. El secreto está en el modo de expresarlo.

ALF. O de sentirlo.

GLO. Yo también puedo juzgar a usted. Me desilusionó. Le creí lleno de sensibilidad...

ALF. ¡Oh!...

GLO. De distinción espiritual, sabiendo dar a cada palabra su valor absoluto y relativo, apreciando el interés de cada momento... Y me resulta usted «ochocentista». No, amigo mío. Cuando se tienen esas teorías anticuadas sobre el honor y la dignidad, se vive oscuramente escribiendo «sobre una mesa de pintado en pino» y no en este gabinete lujoso, elegante y moderno, que desentona de sus rancias teorías. *(Marcando mucho el tono de ironía.)* Comprenderá usted, que este marco, este estuche es, crudeza por crudeza, un timo a sus visitantes.

ALF. *(Asqueado e irónico; pero sereno.)* Tiene usted razón, Marquesa. Soy un mentecato. Me creí un caballero honorable en presencia de una dama ilustre. Por lo que se ve, no he dado su valor justo a la realidad del momento. He sido un maja-

dero, un insensato. Hablemos de nuevo como exigen la «realidad y el interés» del momento. (*Pausa.*) ¿Ofrecía usted? ¿Hasta qué?...

GLO. (*Insinuante.*) Tratándose de usted... ¡hasta mi mano!

ALF. ¿Tanto ofrece?

GLO. ¡Tanto pediré!

ALF. Acabemos.

GLO. La campaña de usted en «El Demócrata» a favor de las concesiones industriales, compromete mi fortuna.

ALF. ¡Señora Marquesa! ¡Eso es jugar con ventaja! ¡Debió buscar más bien un hábil «groupier»! Cesar en esa campaña compromete mi reputación, asquea mi conciencia y me aleja del triunfo a que aspiro en mi vida pública.

GLO. ¿Quién puede asegurar que no está equivocado? Acaso no sólo convendría a mi interés particular. Los altos intereses de la Patria...

ALF. (*Con sarcasmo.*) ¡La Patria! (*Con dignidad natural.*) La Patria, como madre de todos, es algo inmaculado. No mezclemos su nombre en nuestras miserias. Para concluír: por terminar mi campaña y con ella todo lo que para mí representa, ofrece usted (*Irónico.*) posición, rango, capital una mujer bellísima y ambiciosa...

GLO. Para usted, es más decisivo el momento que para mí, no olvide que en la vida política se ofrece...

ALF. (*Interrumpiéndola.*) Sí; pocas ocasiones de encumbramiento rápido...

GLO. ... y muchas de rehabilitación. Además, tiene la ventaja de ser hombre, y el pasado de un hombre, se olvida; el de una mujer, nunca. (*Pausa. Levantándose, insinuante y cautivadroa.*)

Usted decidirá... Como ha oído, almuerzo en el Grand-Hotel. Siento a mi mesa al Ministro del Exterior y al Embajador de Miriana. Nos concedería un gran honor acompañándonos.

ALF. *(Con intención.)* Es posible.

GLO. *(Mundana.)* ¡Gentilísimo!

ALF. Excúseme. No puedo asistir a ese almuerzo; no puedo.

GLO. *(Envolviéndole en una mirada resumen y reflejo de todo su poderoso influjo sobre él, se deja besar la mano.)* No hay nada imposible, amigo Alfredo. En todo caso... difícil. Esperaré. Sé esperar.

ALF. *(Cediendo momentáneamente a la atracción de Gloria.)* ¡Gloria!

GLO. Eso es lo que le aguarda a mi lado... la gloria...

## ESCENA IV

DICHOS *y* ZÚÑIGA

ZÚÑ. *(Hombre distinguido, de cierta edad. Habla desde dentro.)* Le digo a usted que me espera. ¡Qué botarate! *(Saliendo.)* ¡Oh, perdón, mi respetable dama, mi querido amigo!...

ALF. *(Presentando.)* El señor Zúñiga, propietario de «El Demócrata»; la señora Marquesa de Altolarre...

GLO. Ya nos conocemos.

ZÚÑ. ¿Quién no conoce a lo más selecto entre lo selecto de nuestra sociedad? *(Con cortesía enfática.)* ¡La señora Marquesa de Altolarre, corazón noble y generoso... hermosura... distinción...

GLO. Muy complacida. Y agradecidísima por las crónicas de «Flor de Lirio».

ZÚÑ. Su extirpe tiene en mis «ecos de sociedad» atención preferente.

ALF. (*Irónico.*) No en vano su periódico se llama «El Demócrata». Se perece por las fiestas del gran mundo...

ZÚÑ. Y por las notas societarias de la Casa del Pueblo. El periódico es el principal elemento de la historia moderna.

GLO. ¡Horror! Hay que ser discretos, amigo Zúñiga.

ZÚÑ. No tenga miedo por su posteridad la señora Marquesa. El «croniqueur» de salones no pasa en sus reseñas de la brillante superficie.

ALF. La verdad histórica muere en los comentarios de la redacción.

GLO. ¡Ah! Respiro por mis tataranietos. (*Pausa.*) Y les dejo a ustedes. Mis afectos a «Flor de Lirio»; sólo vine para que me dedique sus obras el gran novelista.

ZÚÑ. ¡Delicioso! (*A Alfredo.*) Puedes enorgullecerte· ¡Hombre ya casi inmortal!...

GLO. No se queje. Usted también pasará a la historia...

ZÚÑ. (*Alarmado.*) ¡Señora!...

GLO. Tales sus méritos al frente de la gran empresa... de su «Demócrata», orgullo de usted...

ALF. Y de la patria.

GLO. Adiós, Zúñiga. (*Inclinación de Zuñiga. A Alfredo.*) Agradezco mucho sus deferencias, Manzanares.

ALF. No vale la pena...

GLO. (*Cofidencial a Alfredo.*) Ya le he dicho que pueden valer mucho. (*En alto.*) Reitero mi invitación, ¿vendrá usted?

ALF. De serme posible...

GLO. (*Desde la puerta, con toda su intención y gracia felina.*) En mi mesa tendrá usted su cubierto.. Comendador. (*Mutis por el foro, riendo. Pausa.*)

## ESCENA V

ALFREDO *y* ZÚÑIGA

ZÚÑ. ¡Un abrazo, Manzanares! Deja que te felicite. Ha llegado tu hora. Eres el hombre del día... ¿Qué digo? ¡El prohombre! ¡Vaya señora! El Cid Campeador de nuestras exquisitas cortesanas!

ALF. ¡Zúñiga!

ZÚÑ. Hombre, me refiero a que vive en la corte. Como te ponga los puntos, eres hombre al agua. Al agua... en forma de duchas.

ALF. Sus informes no me importan. No pienso ser ni amante, ni amigo, ni marido de esa señora.

ZÚÑ. ¡Bah! Recurrirás a la ducha... ¡Sí lo sabré yo!

ALF. ¡Ah! ¿Luego usted también?...

ZÚÑ. ¡Ca! Yo, no. Yo soy reumático; pero tú, como hombre moderno, necesitas de la hidroterapia... En serio. ¡Ojo con la de Altolarre! Y vamos a la nuestro: ¡menudo escándalo has armado con tu último artículo!

ALF. ¿Usted cree?...

ZÚÑ. Lee y empápate. *(Le da una carta, que Alfredo lee para sí, runruneando rápido.)*

ALF. *(Leyendo.)* «Presidencia del Consejo Nacional»... Sí, que vaya usted a ver al presidente... y ¿qué?

ZÚÑ. Sin ambajes: es preciso, necesario, patriótico, terminar la campaña en favor de las concesiones industriales. Por el pronto, he hecho que mi secretario redacte para hoy un suelto poniéndonos a salvo.

ALF. *(Alarmado.)* ¿Cómo? ¿Qué dice ese suelto?

ZÚÑ. No te alarmes. Sencillamente, que la dirección no asume ni comparte la responsabilidad de tu campaña. Tribuna libre son las columnas de mí periódico y en ellas se da cabida a las más en-

contradas tendencias; pero hay que convenir en que el momento de fijar nuestra verdadera posición aún no ha sonado.

ALF. ¿Usted hizo eso? (*Seco.*) Pues es usted un miserable.

ZÚÑ. No te excites. Además, (*Con energía.*) pretendo que desistas de tu campaña. Interpreto el sentir del gobierno.

ALF. (*Asombrado.*) Pero ¿no partió de él idea salvadora de nuestra industria? ¿Cómo es posible que ahora no vea con simpatía mi actitud?

ZÚÑ. De él partió; pero... rectificar es más práctico que empeñarse en lo que no puede ser, en lo que no aconsejan, por ahora, las circunstancias... Cálmate, Manzanares... Yo me muevo en la realidad. No seas Quijote. La vida es una farsa, una mentira. ¡Hay que entrar de lleno a vivir la gran patraña! Ya ves, yo no sabría escribir una gacetilla, lo confieso sin rubor: un baño de cultura, pupila y... nada más; pero soy propietario de una formidable empresa editora, y, ya oiste a la Marquesa hace un instante, pasaré a la posteridad.

ALF. (*Que se ha sentado; con desaliento, en comentario aparte.*) ¡Qué asco! «¡Todo está podrido en Dinamarca»!...

ZÚÑ. ... Como dijo «López de Vega.»

ALF. (*Mirándole con desdén.*) Amigo Zúñiga, varíe usted de idea. De sabios es mudar de consejo.

ZÚÑ. Sí, pero yo tengo poco de sabio. ¡Y en cuanto a variar, varío, ya lo creo que varío: según el consejo de la realidad! Tú, en cambio, «desvarías», que no es lo mismo.

ALF. (*Levantándose para cortar la conversación.*) Yo, no. Emprendí esa campaña, que ahora queréis aho-

gar entre todos, porque la creí justa y noble. Ni la intriga rastrera, ni la mezquina ambición de unos, o la cobardía de otros, me harán cambiar de opinión; si usted me cierra su tribuna, buscaré otra. Desde hoy retiro mi colaboración de su... libélo inmundo. Iba a decir de su «periódico»; pero no sería justo. Un periódico, aunque usted crea que es un arma, una ganzúa para enriquecerse, no es eso; no se vende al mejor postor, como el suyo.

ZÚÑ. (*Significando con el rostro recibir en la cara un golpe a cada palabra de* ALFREDO, *y sin dejar el tono de jovial cinismo.*) ¡Ay, ay! Toma veronal; duerme, y cuando estés en tu juicio...

ALF. (*Se sienta. Hay una pausa corta, pero angustiante.*) Buscaré donde escribir... Renunciaré a la lucha, si todos son como usted, o como...

ZÚÑ. Parece mentira que así correspondas a mis desvelos. Compara tu proceder con el mío. Mi periódico, a tu disposición; mi dinero, también.

ALF. ¿Me hecha usted en cara sus favores?

ZÚÑ. ¡Eres un chiquillo, un chiquillo loco!

ALF. Déjeme; se lo ruego...

ZÚÑ. Bien, bien. Te dejo, y ya reflexionarás. Voy a la presidencia... Me olvidaba que he de activar las negociaciones de la condesa de Pinoerguido... ¿Ya no te acuerdas?

ALF. No estoy para nada, ni me importa la condesa.

ZÚÑ. ¡Ah! Pues es muy importante. Quieren que le den la almohada, y no me deja: me trae frito... Sí, que le den la almohada y que descanse. Así me dejará descansar a mí también. (*Ya en la puerta del foro.*) Hasta luego. (*Mutis rápido.*)

## ESCENA ULTIMA

ALF. *(Se dirige a la puerta, por donde* ZÚÑIGA *hizo mutis abatido, irresoluto, apoya un brazo en el quicio; con el otro, crispado el puño, hacia fuera.)* ¡Ah, Zúñiga! Y todavía me despreciarás desde tu charca... Estoy seguro de que me compadeces... *(Volviendo al centro de la escena.)* ¡Horror! ¡Caer un día en esta vida miserable, de pequeñas ambiciones, sin generosidad y sin grandeza! *(Ve las flores que dejó* ELVIRA *en la mesita del centro. Tomándolas con ademán de tristeza.)* ¡Pobres rosas de té... ¡Pobre amor mío!. *(Yendo a sentarse en el sillón que ocupó la Marquesa, su mano libre tropieza con los guantes de* GLORIA, *olvidados sobre un brazo del mueble. Los coge, y hace ademán de tirarlos. Pero antes, maquinalmente, los huele y alterna la aspiración con la del ramo de rosas, en una escena casi muda, confiada al arte del actor, que deberá dar la sensación del hombre indeciso entre un amor humilde que empieza a marchitarse y otro arrollador que nace.)* ¡Elvira!... ¡Gloria!... ¡Qué infierno!... ¡Qué infierno!.

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

*Rotonda en el jardín de los Marqueses de Altolarre. Un gran árbol en el centro. Banco de piedra. La iluminación del jardín se proyecta en escena débilmente por la derecha. Por la izquierda, focos de luna.*

## ESCENA PRIMERA

LA GRAN DUQUESA D'AUMONT, LA CONDESA DE RABIOLI PLATELL *y* «FLOR DE LIRIO»

DUQ. ... El Cairo, Ceylán, Bassora; un poco de japonerías, y luego a California; Centro América, y otra vez en Europa.

CON. Decididamente, el mundo es un pañuelo.

FLOR. No diga, se trata de una excursión estupenda.

PLA. Y ¿en cuántos días piensa usted darle la vuelta al mundo?.

DUQ. ¡Oh! En el mayor tiempo que pueda. Todos los records de velocidad están batidos. Hoy, lo original es llegar siempre tarde.

CON. ¡Con cuánto gusto iría yo en esa excursión!

FLOR Pues su nombre, Condesa, figura en la relación de los excursionistas. Se ha inscrito usted al menos...

CON. *(Rectificando.)* ¡Ah!, sí. Con cuánto gusto... ¡iré!... ¡iré!...

FLOR. *(Echándole un capote incongruente.)* Cualquiera tiene un olvido.

DUQ. Y usted, Platell, ¿no se decide?

PLA. No puedo, Duquesa.

DUQ. Me complacería mucho contarle entre mis compañeros de viaje. Sería usted el preferido.

PLA. Muy amable, Duquesa, pero no puedo. Y crea que lo necesito. ¡Llevo una vida tan agitada! Me hace falta descanso, reposo... Mas son tantas mis preocupaciones, tan extenso el campo de mis actividades...

CON. ¡La Banca! ¡La industria!...

FLOR Sin olvidar las relaciones del gran mundo y de la alta política.

DUQ. El financiero moderno sabe que, tan importante como el cuidado de sus negocios, es el fomento de esas relaciones.

CON. ¡Oh! Emma, usted siempre con sus observaciones extraordinarias.

DUQ. *(Por si las moscas.)* Es que las ordinarias, Ketti, son insoportables.

FLOR *(Ponderativo, a* PLATELL.*)* La Gran Duquesa d' Aumont y la senora Condesa de Rabioli, compiten en ingenio tanto como en belleza.

PLA. Y usted, «Flor de Lirio», es envidiable. Nunca le falla el elogio oportuno. Yo, en cambio, ante hermosuras como éstas, me hago un taco. Quiero decir que no sé expresar mi admiración cumplidamente.

DUQ. *(Insinuante.)* Hay miradas, amigo Platell, mucho más elocuentes que el más florido de los madrigales.

CON. *(A* PLATELL*)* Algunas ha dirigido usted *(Mirando a la* DUQUESA.*)* a cierta dama... que las hubiera firmado Gutiérrez de Cetina.

PLA. ¡Pobre de mí!

FLOR ¿Pobre de usted? En este caso la frase hecha, carece de sentido. *(A ellas.)* La fortuna del ilus-

tre Platell, entra en la categoría de las incalculables.

PLA. ¡No tanto, no tanto! (*Entra* ELVIRA *por la derecha; de primera intención, se dirige al grupo.* LA DUQUESA *y* LA CONDESA *hacen ademán de levantarse, como rehuyéndola. Elvira queda indecisa en segundo término.)*

DUQ. (*A* PLATELL.) ¿Quiere usted que demos un paseo por las rotondas?.

PLA. (*Ofreciéndole el brazo.)* Gustosísimo.

DUQ. (*Haciendo mutis con Platell, majestuosamente, por la izquierda último término.)* Un hombre como usted, tan distinguido, de tan elevada significación, deberías aspirar al matrimonio con alguna dama de linaje... *(Mutis.)*

FLOR. (*Ofreciendo el brazo a la Condesa.*) Me parece que Platell...

CON. Comprendido. Va enganchado a la Gran d'Aumont. *(Mutis de ambos por la izquierda último término.)*

## ESCENA II

ELVIRA *y* OJEDA, *por la izquierda primer término.*

OJE. (*Yendo hacia* ELVIRA *y cogiéndole las manos afectuosamente.)* Me he dado cuenta, Elvira.

ELV. (*Por los personajes de la escena anterior.)* Parecía como si huyeran de mí.

OJE. No te extrañe. Las fronteras del gran mundo son infranqueables para quien no lleva un pasaporte, aunque sea falsificado. Además, ha sido una imprudencia traerte. La Marquesa es intransigente en cuestiones de etiqueta. Tu caprichito puede costarme la secretaría particular.

ELV. ¿De... la Marquesa?.

OJE. No seas maliciosa: la del ministro.

ELV. Es que me interesaba tanto conocer una de estas fiestas... De todas maneras, estoy arrepentida. Y más, si te comprometo.

OJE. Ya, a lo hecho, pecho. Habrás visto que la «soiré» está espléndida. La Marquesa sabe hacer bien estas cosas.

ELV. Estas y... otras.

OJE. No seas mordaz. A tu traje blanco de «ingenua», no le va bien ese tono de ironía.

ELV. *(Disculpándose.)* Es lo que dicen; no llevo aquí media hora y ya lo he oído en tres grupos diferentes.

OJE. Pues no seas tú de los murmuradores.

ELV. ¿Te molesta?.

OJE. Es que son fantasías de la gente, y además, no es de buen tono murmurar. Eso ha quedado relegado a los personajes de segunda clase en las comedias de tercera. Hoy lo que viste es decirle a cualquiera las verdades del barquero, sin miramiento y hasta sin tratamiento.

ELV. *(Riendo.)* Y ¿es también verdad que eres el galán de turno de la Marquesa? ¿O mintieron?.

OJE. No hagas caso de habladurías... Para mí, bien lo sabes, sólo hay un sincero amor, una ilusión verdadera. Tú.

ELV. ¡Bravo! Final del primer acto.

OJE. Pero eres tan esquiva...

ELV. ¡Tonto! Para prolongar la acción... Para que no decaiga. ¿Qué dejaríamos para el segundo acto?.

OJE. No te burles. ¿Por qué eres así conmigo?.

ELV. Así soy con todos.

OJE. Es un consuelo... Mal de muchos...

ELV. Consuelo tuyo.

OJE. Gracias por el piropo, no me ofendo. Y ahora, en serio, Elvirita: ¿no has querido nunca?.

ELV. Esa pregunta a una muchacha de mi edad, es una insensatez impropia de tu talento.

OJE. ¡Vaya! Una de cal y otra de arena. Gracias. ¿Tal vez un desengaño?

ELV. No...; es decir, te voy a ser franca, para ponerme a tono con tus teorías. Amo a un hombre con un cariño inmenso, abnegado.

OJE. Entonces, ni esperanzas...

ELV. Si no las tengo yo, ¿cómo puedo dártelas?.

OJE. Paciencia. (*Mirando hacia el lateral izquierda.*) Aquí llega el Ministro. ¿Le conoces personalmente? Alfredo Manzanares, Marqués consorte de Altolarre...

ELV. (*Nerviosa.*) Sí, sí... Le conozco por la prensa.

OJE. (*Iniciando el mutis por la derecha.*) Luego te lo presentaré. Ahora, no; viene hablando con Zaldívar, el jefe de información privada... Vamos nosotros a emborracharnos de luna. Aunque no creo en ella. Está muy desacreditada. Cuando sale, hasta ladran los perros.

ELV. Verdad, pero también cantan los ruiseñores.

OJE. Bonita frase. Bello final de una escena de jardín en una fiesta aristocrática. (*Le ofrece el brazo con exagerada galantería y hacen mutis por el lateral derecha.*)

## ESCENA III

ALFREDO, ZALDIVAR; *luego*, ZÚÑIGA *y* PLATELL, *todos por la izquierda, y, al final,* OJEDA, *por la derecha.*

ALF. ¡Pues sí que es usted un informador!

ZAL. Considere el señor Ministro que esa labor no es cuestión de horas.

ALF. ¿Quién dijo lo contrario? Esa labor hace mucho tiempo que debiera estar hecha. Tan pronto

concedemos el «placet» a un representante extranjero, la misión de usted es averiguar la verdadera personalidad moral del designado. No nos encontraríamos como en el caso presente, sin saber qué conducta adoptar.

ZAL. Como se trata de un representante acreditado...

ALF. Pues ese representante «acreditado», pudiera estar «desacreditado».

ZAL. Si el señor Ministro estima que mis servicios no son útiles, pongo a la disposición de vuecencia mi cargo.

ALF. No diga... incongruencias, Zaldívar. Si fuese útil en el cargo, hace mucho tiempo que le hubiese hecho cesar en él.

ZAL. (*Tomando el rábano por las ojas; con satisfacción.*) ¡Ah!

ALF. Me olvidé por un momento de que soy Ministro. Y ahora, busque a mi secretario. Dígale, pero discretamente, que le espero aquí...

ZAL. Corro a cumplir sus gratas órdenes.

ALF. Ande... Ande...

ZAL. (*Inclinándose, y aparte, al tiempo que hace mutis por la izquierda. Aparte.*) Me ha tomado el pelo. ¡Me van a oír mis subordinados!

ALF. (*Al ver a* ZÚÑIGA *y a* PLATELL, *que llegan.*) ¡Oh, mis caros amigos! (*En tono de ironía.*) ¿Zúñiga, junto al gran financiero, cuando estamos negociando un tratado de comercio con la nación vecina?

ZÚÑ. Coincidencias de las noches de fiesta.

ALF. Estas noches de fiesta, protocolariamente se definen ya de otra manera. Suelen ser el pretexto para que se encuentren y se hablen en el plano de las mundanas cortesías, los que no pueden

o... no deben verse en la intimidad de un despacho.

PLA. ¡Sí que es afinar, señor Ministro!

ZÚÑ. No está mal que así te expreses como ministro; pero te equivocas. Ahora mismo están saboreando unos sorbos de «claret-cup» bajo el cenador de los amorcillos, nuestro patriarca y el obispo protestante. Me figuro que no por ello peligra ninguna religión. Estas «soirées» tienen esa ventaja. Son una tregua en las luchas de unos y otros; un acercamiento cordial... Hasta si quieres, una curiosidad mutua de conocerse... de sondearse... Pero nada más; sin peligro para nadie.

ALF. No me convences. Tu... coincidencia con Platell es, cuando menos, sospechosa.

ZÚÑ. Te equivocas. Platell no tiene miedo a la competencia.

ALF. Pero si emprendiésemos una política proteccionista...

PLA. (*Que no puede reprimir un gesto de alegría.*) Para mí es más importante lo de las primas a la exportación.

ZÚÑ. Yo soy siempre espíritu conciliador. Si se pudieran aunar las dos cosas... (*Completando la frase con las manos.*)

PLA. (*Sonriente, de modo inefable, como quien ve realizarse sus ilusiones.*) ¡A nadie le amarga un dulce!

ALF. De acuerdo. Pero con motivo de la crisis azucarera, los dulces van muy caros. (*Ríen. Platell no puede reprimir un gesto de contrariedad.*) Y no saben cuánto les agradezco este breve cambio de impresiones. Claro, que no dejaré indefensos los intereses de nuestros fabricantes... Mas, después de escuchar al amigo Platell, estoy

convencido de que nuestros industriales soportarán con elevado espíritu patriótico las concesiones que nos vemos obligados a hacer a la competencia extranjera.

PLA. (*Alarmado.*) Según sus palabras, en la cuestión del tratado, ¿imperará un criterio librecambista?

ALF. Sin duda me expresé mal. Nada de eso.

PLA. (*Respirando tranquilo.*) Más vale así. He pasado unos segundos angustiosos.

ALF. Tranquilícese usted. Procuraré sacar de este tratado «el mayor partido» posible (*Con ironía.*)

ZÚÑ. ¡Lo creo, Alfredo! ¡Eres un patriota!

ALF. (*Al ver llegar a* OJEDA *por el lateral derecha.*) Perdonen un momento. (*Alfredo forma grupo con Ojeda en la derecha; Platell y Zúñiga, hablan a la izquierda.*)

PLA. ¿Usted cree posible?

ZÚÑ. Bien hechas las cosas, son siempre posibles.

PLA. Mire, Zúñiga, yo no he nacido para diplomático. Al pan, pan, y al vino...

ZÚÑ. Pastas..., es más sustancioso.

PLA. Bueno; tanto por tanto, y se acabó.

ZÚÑ. ¡No, por Dios, Platell! Es una broma. La defensa de sus intereses en mi periódico sería una bagatela; mas el tiempo urge y quiero demostrarle mi interés. Le presentaré al secretario.

PLA. Agradecido. Pero (*Con la mano hacia el bolsillo de la cartera.*) permítame que, al menos en su calidad de abogado, y por las visitas que le he hecho...

ZÚÑ. (*Atajándole.*) ¡Ya me las pagará todas juntas! (*Siguen hablando en escena.*)

ALF. (*A Ojeda.*) Ya lo sabes: mucha discreción. La Marquesa debe encargarse del embajador. Tú,

del secretario. A mi mujer es mejor que seas tú quien le pida su concurso.

OJE. ¡Señor Marqués!

ALF. Sí, hombre, sí. ¡Si lo sabré yo! Con el marido se discute. Con el secretario del marido... se tiene menos confianza. *(Dándole unas palmaditas.)*

ZÚÑ. *(Desde su grupo.)* Rafaelito... un momento. *(Ojeda pasa a la izquierda.)* Tengo verdadero interés en presentarte al señor Platell. Ya le conoces. El más poderoso industrial de nuestro país. Rafael Ojeda, secretario particularísimo del Ministro. *(Saludos. Con discreción, Zúñiga forma grupo con Alfredo; Ojeda queda con Platell.)*

OJE. Tanto gusto.

PLA. Tantísimo gusto.

ZÚÑ. *(A Alfredo.)* Así da gusto. *(Hablan bajo.)*

PLA. La fiesta es extraordinaria y la noche deliciosa.

OJE. Cierto. Lo señores embajadores en cuyo honor es el agasajo, están complacidísimos. La reunión durará hasta las altas horas de la madrugada.

PLA. En ese caso, no se ultimará el tratado mañana.

OJE. Esos detalles de alta política, jamás llegan a mi modesta esfera de secretario.

PLA. ¿Si pudiésemos hablar antes de que termine la velada?

OJE. Muy complacido. A las dos en punto, mientras sirven el «lunch» de «apréminuit», le esperaré en la rotonda de Mercurio. *(Inician el mutis hacia la izquierda, andando muy despacio.)*

PLA. ¿Dónde ha dicho usted?

OJE. En la rotonda de Mercurio. *(Señalando.)* Allí *(Con mucha intención.)* ¿No ve usted cómo refulge? ¡Parece un monte de oro!

Pla. *(Que por fin entiende.)* ¡De oro! Sí... sí... Comprendido, señor Ojeda. *(Mutis.)*

## ESCENA V

Alfredo *y* Zúñiga

Zúñ. *(Por los que hacen mutis.)* Eso es cosa hecha.

Alf. *(Con naturalidad.)* No tiene interés ni importancia. Un peldaño más de la escalera.

Zúñ. ¿Qué escalera? Tú has subido en ascensor. Méritos propios y méritos de quien supo destacarlos. No lo digo por mí. Bien sabes mi desinterés.

Alf. ¡Ya, ya sé!

Zúñ. Pero a tu mujer, a Gloria, mucho le debes. Realmente, es un encanto.

Alf. Llevas razón. Gloria es una mujer excepcional. Gran inteligencia, agudo ingenio, cautivadora hermosura...

Zúñ. Aún estás enamorado.

Alf. Ahora analizo. Tiene esas bellas cualidades; pero todas las anula su exagerado amor propio. Es una ególatra. Con el pretexto de comprar mi silencio en aquella famosa campaña, ¿te acuerdas?, compró al marido útil a sus propósitos y deseos de encumbramiento y brillo. Yo, tú lo acabas de decir, no he podido subir más, ni más deprisa. Bien lo he pagado. Estamos en paz. Ya ves cómo a ella, menos que a nadie, debo nada.

Zúñ. Lo dices con un tono de amargura... Tú estás enamorado de tu mujer.

Alf. Tan ausente estoy de ella, que ahora mism acabo de cometer la villanía de indicar a Ojed que sea él, ¡él!, quien le pida que coopere a m éxito en la firma de este tratado. Yo no he te

nido más que una verdadera ilusión de amor; pero la vida vence siempre, Zúñiga. Nos espera en la encrucijada, nos tiende su lazo, y, para no caer derrotados, hay que entregarse a ella, de no tener temple y alma de héroe, y yo no lo tenía.

ZÚÑ. Tú no has dejado de ser un romántico, Alfredo.

ALF. Te equivocas. Precisamente quería pedirte algo. Si consigo ahora el éxito que me propongo, con oportunidad presentaré mi dimisión. El Príncipe, vencido por la gran corriente de opinión «que tú logres despertar», se verá obligado a elevarme al más alto puesto, y dueño yo del poder...

ZÚÑ. ¡Eres ambicioso!

ALF. ¡Si no lo fuera, si no lo hubiese sido!, ¿me hubiera entregado a vosotros? Pero ya está cerca la hora de mi triunfo, del triunfo definitivo de mi vida loca.

ZÚÑ. (*Empiezan a hacer mutis, andando despacio, hacia la derecha.*) ¡Bien poco te costó triunfar!

ALF. (*Con mezcla de amargura e ironía.*) ¡Qué sabes tú, hombre! ¡Qué sabes tú! (*Mutis.*)

## ESCENA VI

*Por la izquierda llegan* GLORIA *y* FLOR DE LIRIO

FLOR Espléndido, realmente espléndido. Esta fiesta diplomática marcará una fecha imborrable en los anales del gran mundo. La mansión señorial de los Marqueses de Altolarre, ha descollado siempre por el más refinado buen gusto; pero esta noche se ha superado a sí misma. Dedicaré a su fiesta la más extraordinarias de mis crónicas.

GLO. Es usted excesivamente bondadoso. Todo muy sencillo, muy modesto. El «bufet» y el «menú», servidos por el Grand-Hotel.

FLOR ¡Oh! *(Tomando notas.)*

GLO. El decorado de los salones y el exhorno del jadín, por Lebren, según dibujos de Zarman.

FLOR ¡El más exquisito de nuestro animadores!

GLO. Las flores, enviadas por Bellongen... Todo muy sencillo.

FLOR Estos datos son interesantísimos. ¡Cuánto se los agradezco, Marquesa! Me falta un pequeño detalle para que la crónica sea completa. ¡Oh!, perdón si es indiscreta la pregunta... La «toilette» que viste la señora Marquesa, es un primor, un sueño... ¿modelo de?...

GLO. Madame Lemaitre.

FLOR ¡Ah, la gran artista del vestido moderno!

GLO. Y las joyas no tienen importancia. No así la diadema de la vitrina. Está valorada en dos millones de francos por Pelerín, el gran joyero parisién. Legado de mi bisabuela la Marquesa de Broweley, dama de la aristocracia inglesa, a quién fué ofrecido por un rajá indio. *(Por la derecha llega* OJEDA*; saluda a Gloria, besándole la mano, y a «Flor de Lirio» con inclinación de cabeza.)*

FLOR *(Anotando.)* Rajá... su bisabuela. *(Volviendo la hoja del carnet.)* Los dos millones no cogen aquí. Sensacional. *(A Gloria.)* Un ruego, un último ruego; resérveme la exclusiva de la noticia. El cronista de «Excelsior» no debe conocerla. Señora Marquesa, obligadísimo. *(A Ojeda, con inclinación.)* Devotamente. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Sensacional, sensacional.

## ESCENA VII

GLORIA *y* OJEDA

GLO. Estás perdido toda la noche. *(Aspera.)* He tenido que ser yo quien informe a este majadero.

OJE. ¡Marquesa!

GLO. Déjate de tonterías. Estamos sólos.

OJE. Ten prudencia. ¡Pueden escucharnos! En el jardín es muy peligroso.

GLO. Estoy violenta, desesperada, excitadísima.

OJE. Precisamente, cuando tan preocupados estamos el señor Ministro y yo, y más necesitamos de tu consejo y de tu calma. (*Acercándose a ella.*) Estás pálida... fría...

GLO. *(En un arranque.)* ¿Quién es «esa nena» a quien no has dejado en toda la noche? ¿Creíste que no me daba cuenta? Pronto... habla... ¿Quién es?

OJE. Serénate. No tiene importancia ni significación la presencia de ella aquí...

GLO. «¡De ella!»

OJE. Es una chica de origen modesto...

GLO. ¡Ah! Novelesco...

OJE. (*Imperativo.*) ¡Espera! Hija de unos amigos de mis padres. Es mecanógrafa del bufete de Hurtado. ¡Comprenderás que no me voy a enamorar de una mecanógrafa!

GLO. ¡Lógica pura! (*Pausa. Gloria se sienta.)*

OJE. *(Llegándose a ella persuasivo y cariñoso.)* Estás loca. ¡Humillarte a ti y sufrir el desencanto del contraste, ante el imperio de tu belleza soberana! *(Gloria se va amansando.)* Disculpo tus celos, porque me demuestran tu cariño, mi vida... mi Gloria.

GLO. ¿De verdad eres mío? ¿Lo que yo llamo «ser mío» a un hombre?

OJE. *(Cogiéndole las manos.)* Te quiero, te quiero. Soy tuyo, esclavo tuyo...

GLO. Así, así... Ya estoy tranquila.

OJE. ¿Puedo hablarte serenamente?

GLO. Habla.

OJE. Pocas palabras. El Embajador ha llegado al límite de concesiones. Es preciso acudir a determinados procedimientos. Va en ello el éxito de Alfredo.

GLO. ¿Cómo «Alfredo»?

OJE. Perdona. Olvidé que hablaba oficialmente. El señor «Ministro» es muy posible que logre la jefatura del partido, y con ella, tu gran ambición, Gloria: la presidencia del Consejo Nacional.

GLO. *(Insinuante.)* Para ti, por tus leales servicios, también habrá generosas recompensas...

OJE. Bien. Pero no hay tiempo que perder y, además, no es prudente que nos vean a solas. Te buscaré terminada la fiesta.

GLO. De acuerdo.

OJE. Te idolatro.

GLO. Te espero. *(Mutis de* OJEDA *por el lateral derecha.)*

## ESCENA VIII

GLORIA. *Por la izquierda, la* GRAN DUQUESA *y* PLATELL, *a poco,* «FLOR DE LIRIO« *y la* CONDESA, *por la izquierda.)*

PLA. ¡Oh, señora! Por fin la encontramos. La Duquesa tiene grandes deseos de saludarla.

DUQ. ¡Hija! ¡Qué delicia! ¡Qué noche tan animada! Estarás orgullosa. En los salones, en los jardines, en todas partes, se ve que los invitados de Gloria, están en la gloria.

GLO. ¡Muy amable! Pero ¿quién no recuerda con ad-

miración los grandes saraos que organizabas en el palacio de la embajada mirianesa?

DUQ. ¡Aquellos eran otros tiempos! Y no están tan lejanos. Hoy, te voy a ser franca, muerto el Duque, me encuentro un poco preterida.

GLO. ¡Por Dios! ¡Emma! ¡Preterida, y te ves acompañada por el hombre de más relieve del momento!

PLA. Yo soy siempre insignificante.

DUQ. Lo que es, es encantador. ¿No sabes? Es posible que nos acompañe en la excursión.

GLO. ¡Cuánto me complace, amigo Platell!

PLA. No sé... no sé... Aún no estoy decidido. Esos viajes son tentadores; pero resultan tan caros...

DUQ. Le conviene; necesita reposo... ¿No lo crees tú, Gloria?

GLO. Naturalmente. Alfredo, también se alegrará mucho.

PLA. Pero ¿su esposo va en ese viaje? No puede ser. ¿Y el tratado? ¿Y la defensa de su política proteccionista? No puede ser. No puede ser. (*Llegan la* CONDESA *y* «FLOR DE LIRIO». *Platell se dirige a éste.*) Permítame un momento. (*La Condesa pasa al grupo de señoras.*)

CON. Delicioso, delicioso todo, Gloria. Oye, ¿quién es esa chica a la que acompaña Rafaelito? No está mal. Es monina.

GLO. Es una... colaboradora de mi secretario. (*Nerviosa.*) Y permitid que me ausente. Tengo abandonado al Embajador. ¿Queréis venir?

DUQ. Sí, porque Platell, por lo visto... (*Inician el mutis hacia la derecha.*)

GLO. ¿Te interesa?

CON. Platell, le interesa a cualquiera. (*Mutis de ambas.*)

PLA. (*Apenas queda solo con «Flor de Lirio»; enfadado.*)

A mí no me gasta usted bromitas de ese género.

FLOR. ¿Yo?

PLA. Yo no he venido aquí a perder mi tiempo flirteando. Esa presentación de la Duquesa... Por poco le damos la vuelta al palacio para convencerme de que debíamos darle la vuelta al mundo.

FLOR Usted mismo me acababa de decir que le interesaba.

PLA. Pero en otro aspecto. (*Por la derecha entran* ELVIRA *y* ZÚÑIGA, *que hablan bajo en segundo término.*)

FLOR ¿Qué quiere usted decir?

PLA. Que es viuda. (*Inician el mutis hacia la izquierda.*)

FLOR Eso no es un obstáculo para un hombre galante.

PLA. Mire usted: la mujer de un Embajador, de un Ministro, es siempre interesante para un hombre de negocios; las viudas.... para los románticos.

FLOR ¿Cree usted, entonces, que es un romántico Alfredo Manzanares?... (*Mutis.*)

## ESCENA IX

ELVIRA *y* ZÚÑIGA. *Al final*, ALFREDO

ZÚÑ. Esta parte del jardín, es la más grata. Allí hay exceso de luces. No es discreto prodigarlas en los jardines. Aquí se viene a soñar. (*No puede contener un estornudo.*)

ELV. Y a constiparse.

ZÚÑ. Además de las luces, en los jardines, molesta el oído la música cercana. Aquí todo debe ser leve, lejano, apartado... (*Acercándose a Elvira con un afán en contradicción con sus palabras.*)

ELV. De acuerdo. Así es, que no se acerque usted

tanto, porque se pone a tono con las músicas atronadoras y las luces escandalosas.

ZÚÑ. ¡Qué ingeniosa es usted, Elvirita! ¡Je... je!...

ELV. Entre tanta gente desconocida, me encuentro desconcertada... sola.

ZÚÑ. ¿No ha bailado usted?

ELV. Con unos muchachos. Pero... no sé divertirme. Lo comprendo.

ZÚÑ. ¿No le gusta la fiesta?

ELV. ¡Qué sé yo! Este no es mi mundo ni mi ambiente. Mi esfera es más humilde, más sincera. La vida nos amarra al trabajo y no se puede pensar más que en eso; en vivir. Aquí es bien distinto; como lo principal está resuelto, hay que pensar solamente en subir y brillar. Subir, hasta que la ambición esté satisfecha; brillar, hasta que la gloria nos ciegue, y a los de arriba y a los de abajo y, a todos, nos haga sufrir y llorar. (*Llora.*)

ZÚÑ. ¿Pero qué es eso?

ELV. Perdone usted. Tenía que desahogarme de alguna manera. Por el afán de todo esto perdí el único, el verdadero amor de mi vida.

ZÚÑ. ¿Acaso un muchacho como usted, que llorará también a estas horas?

ELV. No. Yo no tengo ambiciones. Era él. Sea bueno conmigo. Sáqueme de aquí sin que nadie lo note.

ZÚÑ. Sí, sí; no faltaba más; pero serénese, siéntese aquí conmigo. (*Pausa. Se sientan.*) ¡Ah! Yo también tuve mi desengaño de amor. ¡Sin embargo, el espíritu es siempre joven! Puede que llegásemos a un acuerdo. ¿Le gustaría ser artista?

ELV. No tengo vocación.

ZÚÑ. Eso no importa. Tiene juventud, belleza...

ELV. Condiciones, tampoco. ¡Es tan difícil triunfar!

ZÚÑ. De eso, me encargo yo. ¿Tiene voz? Pues tiple. ¿No la tiene? Actriz.

ELV. (*Sonríe.*) Es usted muy simpático. ¿Posee alguna varita de virtud, como las hadas?

ZÚÑ. ¡Tengo el poderoso talismán de la opinión para manejarlo a mi antojo! (*Transición.*) Si usted quisiera... Si usted quisiera... (*Cogiéndole una mano.*) Tiene una mano de princesa...

ELV. (*Con ingenua modestia.*) Cuidadita... (*Al sentirse tocada la mano.*) ¡Cuidadito!

ZÚÑ. (*Besándole las manos.*) Eres divina, divina...

ELV. (*Levantándose.*) Estese quieto, suélteme... déjeme...

ZÚÑ. (*Intenta abrazarla.*) Me tienes loco, loco...

ELV. ¡Que grito!

ZÚÑ. No serás capaz

ELV. (*Casi sin fuerzas, se debate en brazos de Zúñiga.*) ¡Déjeme... por Dios... déjeme!...

ALF. (*Saliendo por el lateral derecha.*) ¿Qué pasa?

ZÚÑ. Alfredo, perdona. Considera que la chiquilla merece la pena, y justifica la incorrección.

ELV. (*Reaciéndose al ver a Alfredo.*) ¿Eh?

ALF. ¡Ah! (*Hace un gran esfuerzo para no correr a ella.*)

ZÚÑ. Les presentaré.

ALF. (*Apartando a Zúñiga del lado de Elvira.*) Huelgan tus oficios, Zúñiga. Vete. Todavía queda en mí un sentimiento noble. Vete. (*Dice esta última palabra con arrogancia; pero al ver que Zúñiga le sostiene la mirada retador, Alfredo, vencido y humillado, rectifica.*) ... Te lo ruego..

ZÚÑ. (*Inclina la cabeza, y con gesto de asombro, dice haciendo mutis por la izquierda.*) Un sentimiento noble. ¡Inexplicable! ¡Inexplicable!

## ESCENA X

ALFREDO *y* ELVIRA

ALF. ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?

ELV. Déjame marchar...

ALF. Quiero saber a qué viniste.

ELV. ¿Con qué derecho me pides explicaciones? Déjame salir.

ALF. He dicho que no. ¿Quién te trajo? ¿Acaso Zúñiga?

ELV. Calla. No añadas a tu abandono la pena de pensar tan bajo.

ALF. ¡Bien me juzgas!

ELV. ¿Qué significo en tu vida? ¿Qué te importó pisotearme para seguir tu camino? Yo sé bien lo que he sido para ti; pero aun sabiéndolo, no he podido arrancarme del alma este cariño. Por eso vine. A verte entre los tuyos... en este ambiente. Y te juro que me pesa, porque hasta hoy no comprendí todo el desprecio que mereces.

ALF. Calla. No me hagas sufrir. Creo en tus palabras. Es en lo único que creo. Palabras generosas de un amor que todo lo redime. Ellas ponen en mí amargura del presente. (*Gesto de extrañeza en ella.*) Sí... en esta amargura, el desconsuelo de recordar un pasado feliz, que pudo ser, y no ha sido, que sólo fué un sueño, cuando mi alma limpia de pequeñeces y de deslealtades, soñaba con algo puro: contigo. Tus palabras de ahora, son mi condenación; la que merezco.

ELV. ¿Y por qué te atormentas? ¡Sé egoista de veras! ¡Sálvate! ¡Aún es tiempo!

ALF. No. Ya es tarde. Subí demasiado... me hundí demasiado. La vida me encadena, me esclaviza.

No quiero soñar... no puedo. Vete. Ahora soy yo quien te lo ruega, quien te lo suplica. (*Se sienta desesperado.*)

ELV. (*Llegandose a él cariñosa.*) ¡Alfredo! ¡Ahora más que nunca te quiero; porque comprendo todo el dolor de tu alma. Sufro... porque tengo que compadecerte, yo, ¡tan desgraciada!

ALF. ¡Elvira! (*Levantándose y abrazándola.*)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS *y* GLORIA, *por la derecha.*

GLO. ¡Marqués de. . Altolarre!

ALF. (*Sin soltar la mano de Elvira.*) ¡Gloria!

GLO. Evítame el bochorno de ser yo quien la arroje de aquí.

ALF. (ELVIRA *escapa por lateral izquierda.*) ¿Que significa esto?

GLO. ¡Y lo preguntas!

ALF. ¿Pero qué esclavitud es esta? Hace mucho tiempo que el amor huyó de nosotros para siempre. Concertamos, tácitamente, una mutua libertad en nuestras relaciones. De mi parte, no te exigí siquiera comedimiento y discreción, porque te conozco. ¿A qué viene tu gallardía de esposa ofendida? Ni la justificación de tu amor propio herido tienes en este caso. Te has refugiado en el último baluarte que te quedaba: la vulgariridad.

GLO. ¿Y aún te atreves a pedir explicaciones? ¿Tan fuera de razón te parece mi actitud?

ALF. Sencillamente ridícula en la Marquesa de Altolare. Tu indiferencia por todo es clara, absoluta.

GLO. Pues te equivocas. Acaso yo misma vivía enga-

ñada. He tenido que verte en brazos de otra mujer para darme cuenta de mi error, para sentir el ultraje en toda su crudeza.

ALF. Te conozco bien. Sé que mientes. En esa muchacha, no has visto la rival de tu corazón, no. Has visto la rival de tu poderío, de tus ambiciones.

GLO. Te perdono esos insultos, porque estás exaltado, y... porque, aunque no lo creas, te quiero. (*Acercándose a él.*)

ALF. (*Rápido.*) Deja, aparta... no pongas en tus labios esas palabras.

GLO. Te quiero...

ALF. Que no sientes, que no puedes sentir...

GLO. Te quiero...

ALF. Y que, en último caso, no me importaría que sintieses.

GLO. (*Apartándose de él con arrogancia.*) Te he estado rogando, suplicando... ¡Yo! Basta. Sabré castigar toda la villanía de tu proceder. Con la verdad. Escucha. Esa mujer, es también de barro pecador.

ALF. ¡Calla!

GLO. Esa mujer es la amante de Rafael Ojeda.

ALF. ¡Di que mientes!

GLO. El la trajo esta noche. Pregúntale, pídele a él las explicaciones que yo no puedo darte.

ALF. Yo sé que mientes. Todo esto es el vaho irrespirable del ambiente en que vivimos... Son las ruindades, los celos inconfesables de unos y de otros... pero yo daré cara a la verdad.

GLO. ¿Qué vas a hacer?

ALF. Ver a Ojeda, y si es cierto...

GLO. Ya dudas... Ya eres más hombre. Pero ten pru-

dencia. Los celos me han hecho ir demasiado lejos, quizá.

ALF. (*Cogiéndola violentamente.*) Tú los has dicho. Los celos de tu poderío y de tu amor.

GLO. ¿Luego crees en mi amor?

ALF. (*Riendo locamente.*) En tu amor a Ojeda, acaso. Pero no te envanezcas, creyendo que por ti mato o muero.

GLO. (*En medio de su situación orgullosa.*) ¡Alfredo mío!

ALF. ... Para todos seré el marido ultrajado... Algo hay que decir a los buitres. Pero, óyelo bien: no buscaré al amante de la esposa, sino al hombre que me quita la mujer que quiero. (*Mutis rápido de* ALFREDO, *que derriba a Gloria cuando ésta intenta detenerle.*)

GLO. ¡Alfredo! ¡Alfredo mío!

TELÓN

# ACTO TERCERO

*Salón en casa de los Marqueses de Altolarre. Al foro, amplio ventanal que da al jardín. Una puerta en cada lateral.*

## ESCENA PRIMERA

ALFREDO. UNA DONCELLA, *y en seguida*, GLORIA

(ALFREDO, *de etiqueta palatina, de mañana, aparece sentado ante un bureau repasando unas cuartillas.* LA DONCELLA, *entra por la izquierda.*)

DON. Dígale que estoy a sus órdenes. *(Mutis de la* DONCELLA. *Pausa. Alfredo, se levanta, va al balcón y mira unos momentos hacia el jardín.)*

GLO. (*Por la izquierda, en deshabillée matinal, seguida de la* DONCELLA, *que se va por el foro.)* He querido hablar contigo unos minutos. Sé que vas al Palacio Imperial, llamado en consulta. Se supone, con razón, que el Príncipe te ofrecerá la presidencia. ¿Qué piensas contestar?.

ALF. Ignoro sobre qué extremos he de ser consultado.

GLO. Un ruego: creo ser algo más que un repórter.

ALF. Suprime sutilezas. Te repito que no sé para lo que soy llamado; pero si fuese para lo que tú y todos suponen, mi norma de conducta está trazada: renunciar. *(Irónico.)* En plan de repórter, no te quejarás. Te trato como a los de categoría·

GLO. *(Molesta.)* Agradecidísima.

ALF. Firme en mi propósito, con esa firmeza algo le-

jana de mis tiempos de verdadera hombría, dimití la cartera. Y ya ves, se produce una crisis...

GLO. Provocada por ti hábilmente. Hay que hacerte justicia.

ALF. Y se me llama, quizá para más altos destinos. Cuando miro serenamente a un porvenir ignorado y tranquilo...

GLO. *(En un arranque.)* ¡Tú no harás eso! *(Gesto afirmativo de él y ratificación de ella.)* Tú no debes hacer eso.

ALF. En estas cuartillas he concretado mi pensamiento para que lo conozca el Príncipe. Mi testamento, mi... suicidio político. No dirás que no es de buen tono redactarse uno mismo su papeleta de defunción. Pero como soy creyente, sonrío sin temor, porque al morir «así», nazco a otra vida.

GLO. Me exaspera tu tranquilidad. ¿Lo has meditado bien? Yo sé que no es momento para hacerte protestas de admiración. *(Inclinación de Alfredo.)* y de cariño. *(Sonrisa incrédula de Alfredo.)* Sí... sí... no sonrías despectivamente. Con todo tu saber, ignoras hasta qué límite puede transformarnos un hecho acaso insignificante. Soy otra, eres otro hombre para mí desde que vi a otra mujer en tus brazos. Hoy te quiero, te quiero a pesar de tu indiferencia...

ALF. *(Irónico.)* Injustificada, ¿no?.

GLO. Injusta, ahora; ya te ha dicho que soy otra. *(Transición.)* Tengo el deber de aconsejarte. Algo represento en tu vida...

ALF. Que no quisiera recordar.

GLO. Palabras. ¿Somos o no somos personas de altura? Nuestra unión quedó reducida a una amis-

tad, ¿no es así? Pues aunque sólo sea a título de amiga, de aliada, te debo este consejo.

ALF. Ni como amiga te puedo escuchar. Eres una amiga interesada; mal puede guardar las verdaderas abnegaciones de la amistad, quien no guardó el respeto, menos abnegado por natural y llevadero, de la mujer propia. Sé cuánto te interesa que ocupe la Presidencia del Consejo Nacional.

GLO. No me hieren tus palabras. Por muy noble que ahora sea tu propósito, los actos de «antes», de dudosa explicación, serán la sombra que te siga. Nadie creerá en ti. Palpable está el ejemplo: tu renuncia a cuanto has llegado a ser, por un misticismo absurdo, por una humildad de última hora, incomprensible, la interpreta todo el mundo como un ardid más para escalar la presidencia.

ALF. No me importa el concepto general. Mi deseo es rehabilitarme ante mí mismo.

GLO. Y el mío, rehabilitarme ante ti.

ALF. Ya no puedes...

GLO. Tú, ante ti mismo, tampoco. Hundido como tú te crees, sólo puedes aspirar ya a una justificación: el triunfo. Renunciar a él, sería una locura.

ALF. Locura es cuanto nos rodea, y ella nos ciega y nos deslumbra; pero yo veo una luz... un alba nueva... (*Transición, con firmeza.*) No puedo complacerte.

GLO. Toma un plazo para contestar. Medita serenamente, y después, resuelves. Estás ofuscado. (*A un gesto de él.*) Ilusionado o enamorado: es lo mismo.

ALF. (*Mirando su reloj de bolsillo.*) Me vas a permitir que me retire. (*Con resignación que no deje entrever*

*la resolución qae haya de adoptar.*) Voy... a ser consultado.

GLO. Un ruego.

ALF. Tú dirás.

GLO. Sea cual fuere tu actitud ante el Príncipe, espero que vengas a comunicármela personalmente.

ALF. Antes he de ir al Ministerio. Después serás complacida. *(Se inclina y hace mutis por el lateral derecha.)*

GLO. *(Tomando del bureau las cuartillas donde ensayó Alfredo su respuesta. Lee con avidez.)* ¡Qué locura!... Pero yo sabré evitarlo. Llegaré adonde sea menester. *(Leyendo, hace mutis por la izquierda.)*

## ESCENA II

DONCELLA, ZÚÑIGA *y* PLATELL

DON. *(Precediendo á* ZÚÑIGA *y* PLATELL, *por el foro derecha.)* Pasen, pasen. Voy a avisar a la señora Marquesa. El señor Marqués acaba de salir. *(Mutis* DONCELLA *por lateral izquierda y sale a poco, haciendo mutis nnevamente; ahora, por el foro derecha.)*

ZÚÑ. *(Revolviéndose contra Platell.)* ¡Bueno, señor Platell! Esto pasa de la raya. ¿Cree usted «conveniente» haber venido conmigo, de mañana, a esta casa?

PLA. ¿No viene usted? ¿No me interesa tanto como a usted, más que a usted, la decisión del señor Manzanares?.

ZÚÑ. Sí; pero yo tengo otra confianza, otra... intimidad que usted en esta casa. Váyase; aún es tiempo...

PLA. *(En jarras.)* Tiempo, ¿de qué? ¿De que el Marqués haga una tontería, de que renuncie a ser primer Ministro? ¡Me quedo!

ZÚÑ. ¿Tan... torpe me cree usted? ¿Piensa que nó pesaré nada en su ánimo?

PLA. Yo sólo sé que he invertido mi dinero a manos llenas en que usted le preparase el terreno para el gran salto. Y que... ¡los negocios son los negocios! El Marqués tiene que ser primer Ministro. No puedo admitir ni la posibilidad de que renuncie a serlo. Mis planes, no pueden estar a merced de un romántico.

ZÚÑ. Y no lo están. Manzanares no lo es; yo no dejaría que lo fuese. ¡Váyase! ¡Confíe en mí!

PLA. ¿Y... si no logra usted nada?

ZÚÑ. ¿Iba a lograrlo usted?

PLA. ¡Ah, sí! Claro que sí. ¡No faltaría más!

ZÚÑ. Desheche temores; por su mujer, por mí, por él mismo, hasta por la salvación del país, nuestro amigo tendrá que aceptar la presidencia. La crisis no tiene ya otro arreglo. De tardarse unos días en resolverla, podría suceder algo verdaderamente castastrófico.

PLA. «¡Y tan catastrófico»! ¡Como que con mis intereses no se juega! La verdadera hecatombe nacional la provocaría yo, si el Marqués no fuese hoy mismo presidente.

ZÚÑ. Lo será, lo será, se lo aseguro a usted.

PLA. ¡Y si no... iba a saber el país quién es Platell!

ZÚÑ. Lo será. Le doy a usted mi palabra de honor. Créame, estamos o no entre caballeros. Pero, ande. Reconozca que no está bien que asista usted a esta entrevista mía, de hombre de confianza, con la señora Marquesa...

PLA. (*Hace medio mutis y vuelve. Con voz sorda*) ¿Y si usted y ella están de acuerdo con alguien, con algún amigo del propio Manzanares, para quitarle la presidencia?...

ZÚÑ. ¡Por Dios!

PLA. (*Con suficiencia de hombre excesivamente desconfiado.*) Es muy extraño su interés porque yo no esté presente en esta conversación decisiva. La Marquesa sabe que soy yo quien lo finanza todo...

ZÚÑ. Pero... no debe saberlo. Hay que respetar las apariencias. (*Se oye hablar fuera a Gloria, avanzando. Zúñiga, en un arranque apresurado, empuja a Platell hacia la puerta de la derecha.*) ¡Ya está ahí! ¡Váyase con mil demonios! Y para tranquilizarse, escuche, si quiere, detrás de esa puerta: aprenda a ser cortesano. Luego, como en el Tenorio: «Si halláis mi conducta incierta, como os acomode, obrad». (*Mutis a fortiori de* PLATEL *por la derecha.*)

## ESCENA III

ZÚÑIGA *y* GLORIA.

GLO. (*Por la izquierda, con traje de mañana.*) ¡Perdón, querido Zúñiga! He tenido que vestirme. Le oí a usted hablar... ¿Y Platell?

ZÚÑ. Me acompañó hasta aquí y acaba de marcharse.

GLO. ¿Y Elvira Olmedo? ¿Ha dado usted con ella? ¿Vendrá?

ZÚÑ. ¡Marquesa! ¿Preguntarme si he conseguido algo, por difícil que sea, que interese a nuestros planes?...

GLO. ¿«Nuestros» qué?

ZÚÑ. Bueno. A los planes de la señora Marquesa. Di con la mecanógrafa. Le entregué la carta de usted y, además, por mi cuenta, no la dejé hasta que me prometió venir.

GLO. ¡Dios le oiga! El Marqués titubea... No le juzgo

capaz de un disparate. Pero... de todos modos, bueno será asegurarse.

ZÚÑ. Comprendo, Marquesa. Usted cree, y cree bien, que esa muchacha quiere todavía a su marido. ¡Está bien! Es un bonito plan...

GLO. ¡Zúñiga!

ZÚÑ. El amor bien administrado, siempre ha sido muy útil para mover el mundo.

GLO. *(Con intención.)* No espero que piense usted dedicar la mañana a analizar mis propósitos... ¿Tenía usted algo más de momento?

ZÚÑ. ¡Sí, mi señora la Marquesa! El someterle un proyecto. Yo tambien tengo mi plan, y también, permítame el parangón, me parece maquiavélico.

GLO. A ver, a ver...

ZÚÑ. Su marido, ¿a qué vamos a engañarnos? Alfredo, no cuenta con la mayoría, y a mí se me ha ocurrido algo genial para que esta noche no haya más que incondicionales suyos. Y a eso vengo: a someter mi plan a ustedes.

GLO. Encantada.

ZÚÑ. Citar a los ex-ministros del partido por atentos besalamanos que digan, poco más o menos, lo siguiente: «El Príncipe me ha honrado encargándome del Poder ¿Cuento con usted? Acuda esta noche a mi domicilio». (*Transición.*) ¿Qué le parece?

GLO. Archigenial. Digno de un Glasdtone.

ZÚÑ. ¿Qué? ¿Qué ha dicho usted?

GLO. Que es magnífico.

ZÚÑ. Vendrán todos. Un verdadero mitin de prohombres, y cada uno creyendo que ha de jurar mañana. ¡Una cartera puede tanto!

GLO. Y usted, ¿por qué no se decide? Haría un gran Ministro del Interior.

ZÚÑ. ¿Yo? ¿Para qué? Peso tanto como un Ministro y sin responsabilidad.

GLO. Eso se llama nadar entre dos aguas.

ZÚÑ. ¡Nadar con mi reuma! Ya hay hidroaviones. Se puede volar sobre ellas. Sin embargo, reconozco mis capacidades políticas. (*Inoportuno.*) Ya vió usted cómo arreglé con su marido el viaje de Rafael Ojeda al extranjero.

GLO. (*Recogiendo con toda gallardía la insinuación.*) Mire, Zúñiga. De una vez para siempre: alude uste a «aquéllo» con demasiada frecuencia. Y, además, se equivoca. ¿Cree usted que yo estuve enamorado de ese hombre?

ZÚÑ. ¡Señora, yo!

GLO. Nada; Rafael Ojeda fué mi amante. Pero esa es la verdad oficiosa. ¡La de mis intenciones!... ¿Cómo iba yo a consentir que un hombre penetrase en los secretos de mi marido sin dominar yo los suyos? La traición menos peligrosa del secretario de un grande hombre, es que le sea infiel con su mujer; todo queda en casa.

ZÚÑ. (*Entre asombrado y admirado, levantándose.*) ¡Señora Marquesa!

GLO. ¡Qué saben ustedes, los hombres, de nuestros sacrificios!

ZÚÑ. Todos pueden quedar hoy recompensados. A estas horas recorre ya las calles una multitud llena de entusiarmo que aclama y vitorea a su marido. Por mucho que dudase, estoy seguro que de aquí a Palacio el pueblo le ha hecho ver claro su camino.

GLO. ¡Está usted en todo, Zúñiga! Es usted admirable!

ZÚÑ. También he dado orden al repórter para que telefoneen inmediatamente a todas partes lo que diga Alfredo al salir de la consulta.

GLO. ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Insustituible! Gran «metteur en scéne». No olvida un detalle.

ZÚÑ. *(Despidiéndose.)* ¡Qué presidenta hará usted! No la molesto más. Corro al Ministerio. Luego volveré.

GLO. Es usted de los leales, de los que ya no quedan. *(Acompañándole hasta la puerta.)*

ZÚÑ. *(Inclinándose.)* Consecuente con mis antiguos amigos. A sus pies, Marquesa.

GLO. Adiós, querido Zúñiga. *(Mutis de* ZÚÑIGA *por la derecha.)*

## ESCENA IV

GLORIA; *luego,* ELVIRA, *por la derecha.*

GLO. *(Una pausa. La Marquesa, nerviosa, levanta la muñeca que cubre el teléfono. Espera, vuelve a taparlo. Se asoma al mirador. Vuelve al centro de la escena. Enciende un cigarrillo, lo tira. Se sienta, se levanta. Suena el timbre del teléfono.)* ¡Ah!, sí... sí... Bien, bien... ¿Con las listas del nuevo gobierno? ¡Ya... que suponen, que suponen... *(Pausa.)* Bueno... En resumen: ¿que volverá a Palacio a las siete?... Gracias, gracias. *(Mientras cubre el teléfono con el guarda-infante de la muñeca, sonriente.)* No renuncia. Todavía es tiempo. *(A* ELVIRA, *que entra lentamente por lateral derecha.)* Pase, pase usted, señorita. Usted perdonará ante todo que la tratase tan crudamente la noche de la fiesta. Fué un impulso al que no pude sustraerme y del que estoy arrepentida. Acepte esta explicación con

mi gratitud por haber acudido a mi llamamiento.

ELV. (*Cohibida, pero con naturalidad.*) Es tan poderosa la razón que invoca en su carta... tan poderosa... No sé di debo hablar así.

GLO. No se preocupe. Diga cuanto piense y sienta. Nada podrá herirme. Se lo aseguro.

ELV. ... Que no he vacilado en venir. (*Pausa breve*) Se trata de la felicidad de Alfredo, y yo... yo adoro a Alfredo.

GLO. (*Rápida*) Y yo... aunque usted lo dude. Çosas muy largas de explicar, y los minutos son preciosos. Aunque usted no crea en mi amor por él, lo importante es que yo no dudo del de usted. Por eso la he llamado. De creer que el amor de usted por mi marido, (*Gesto de Elvira.*) bueno, por Alfredo, tenía algo de egoismo, lo habría pagado al precio que usted quisiera. Pero sé que en usted todo es abnegación. Y porque es cariño y abnegación lo que encierra su alma, le pido, le suplico que renuncie a él.

ELV. ¿Renunciar?. . ¡Nunca, señora!

GLO. No me expliqué bien. En Alfredo sólo hay un sentimiento constante, que le absorbe por completo: su ambición. Ahora está ofuscado, oscurecida su inteligencia por la ilusión de su cariño...

ELV. ¡Una ilusión de amor que no pudieron matar sus ilusiones de ambición!.

GLO. Tan grandes son éstas, que aquélla pronto quedaría ahogada. Créame, mañana, en un mañana muy próximo, sería usted desgraciada y él también. Está al final de su carrera. No le detenga. Es usted joven, linda... Le sonreirá el porvenir. Si tanto le quiere, conviértase en mi

aliada, en mi amiga. Hay que hacerle desistir de sus ideas de anulación y renunciamiento. No puede abandonar lo que tanto significa para él de afanes, de sacrificios.

ELV. ¡Y de humillaciones!

GLO. ¡Todo es necesario en la vida! Su gran pasión, es el poder. Mandar: he aquí su sueño.

ELV. Su gran ilusión soy yo. Por mí lo deja todo, ¡todo! Es el amor, y mi amor le ampara y le defiende.

GLO. ¡Bravo amor el de usted!

ELV. ¡El único! ¡El verdadero! ¿Cuál es el suyo?

GLO. Algo que está por encima del corazón y es más fuerte que él: la inteligencia. La raices de mi cariño están en la razón.

ELV. ¿En la razón de qué?

GLO. ¡De vivir! No le envidio el declinar de esos amores en la aparente tranquilidad de sus sueños realizados. ¿Hay algo más triste? Les acecharán a ustedes los recuerdos de la gloria perdida, la indiferencia, el hastío de cada hora. (*Elvira, llora. La Marquesa, triunfante, prosigue.*) Sea razonable, ya que a la razón, que es mi fuerza, tengo que invocar, porque al corazón, que es la de usted, sería inútil.

ELV. Mi corazón lo puede todo. Es más fuerte que todo...

GLO. (*Con desdén.*) Su corazón está lleno de egoismo.

ELV. ¿Y el de usted?

GLO. (*Altiva y envolvente.*) ¿El mío?... Yo le quiero más que usted, porque he sabido comprenderle, llegar al fondo de su alma y descubrirle su propio destino. Y secundarle, consagrándole mi rango, mis riquezas... Y usted, que no vacila en truncar su camino, que no sabe alentarle, aun

sacrificándose, ¿pretende que le quiere más que yo?

ELV. Yo tambien sé sacrificarme. Pero ¿y él?

GLO. El no escucha ahora más voz que la de usted. Quiera usted y será.

DONCELLA *(Desde la puerta de la derecha.)* El señor Marqués ha llegado.

GLO. *(Imperativa, haciendo mutis rápido por la izquierda. Desde el marco de la puerta.)* Con él la dejo. La gloria de Alfredo, «de su adorado Alfredo»... está en sus manos. *(Mutis.)*

ELV. Es una crueldad, una crueldad... *(Corre hacia el mirador, en uno de cuyos ángulos se apoya.)*

## ESCENA V

ELVIRA *y* ALFREDO

ALF. *(Por lateral derecha. Al ver a Elvira, sorprendido, avanza hacia ella con los brazos abiertos.)* ¡Tú! ¿Tú aquí?

ELV. Te asombra, ¿verdad? *(Imponiéndose a la verdad de sus sentimientos.)* Un impulso de mi corazón.

ALF. ¡Gracias, Elvira! Hiciste bien. En mi lucha a ciegas entre tu cariño y lo que me rodea, dudaba: el corazón, firme en su camino; la cabeza, volando en su locura de ambiciones. Pero ya no dudo, ya no vacilo. La fuerza eres tú. Te tengo a mi lado como el talismán de mi verdadero triunfo. ¡Bendita seas!

ELV. ¡Calla!...

ALF. ¿Cómo callar, si veo ante mí con claridad de aurora el sendero limpio de nuestros primeros sueños; tú y yo, unidos para un solo fin, querernos, lejos de estas luchas que agotan, que envenenan el alma, que destruyen?...

ELV. No te exaltes, te lo suplico. Sueñas.

ALF. Sueño y vivo.

ELV. Pues... ¡hay qué vivir y no soñar!

ALF. *(Extrañado.)* ¿Qué quieres decir?

ELV. Que tienes que vivir fuertemente. *(Como sonámbula.)*

ALF. ¿Tú hablando así? ¿Tú quien me lo dices? Pero ¿qué pesadilla es esta? Un impulso te trajo: el corazón... Fueron tus palabras.

ELV. Sí, el corazón me ha traído. Y mira tú si será grande que, destrozándose, sangrando, tiene que decirte: sigue la vida, no renuncies, acaba tu obra. ¿Tan pequeño juzgas mi cariño que no admites la posibilidad de este sacrificio?

ALF. ¡Cobarde sacrificio de amor, el que al mismo amor sacrifica! Cuando se ama, se sacrifica todo al amor; pero al amor no se le sacrifica por nada.

ELV. No puedes retroceder. Renunciar sería tu descrédito; más tarde, tu desilusión... Y no; eso, nunca. Antes hay que hundirlo todo, ahogarlo todo. Sueña, sueña conmigo, pero de lejos. (*Inicia el mutis hacia la derecha, con visible esfuerzo doloroso por aparecer serena.*)

ALF. ¡Elvira! ¡Elvira! (*Rumor de multitud que se supone tras la verja del jardín, al foro.*)

ELV. ¿Oyes? El pueblo, que viene en mi ayuda para salvarte, para decidirte. Salva tu gloria. (*Ya en el marco de la puerta, señalando hacia el balcón.*) Adiós. Escúchale y piensa que, con su voz, va confundida la mía, la más humilde, la más apasionada.

ALF. ¡Áh, pues no lo oiré! (*Va hacia el balcón dispuesto a cerrarlo; mientras, ha hecho mutis* ELVIRA.)

## ESCENA VI

ALFREDO; GLORIA, *por la izquierda.* ZUÑIGA, PLATELL, «FLOR DE LIRIO», *por la derecha; luego,* ZALDIVAR

ZÚÑ. *(Cuando Alfredo vuelve de cerrar el balcón, va hacia la derecha, por donde salió Elvira, y los personajes que por ella entran en animado tropel le atajan.)* ¡Manzanares, a mis brazos!

PLA. ¡Es usted el amo, el único!

ALF. *(Indiferente, estrechando manos.)* Gracias, gracias.

ZÚÑ. Lo quiere el pueblo soberano.

PLA. Lo reclama la opinion de las fuerzas vivas.

ZÚÑ. Con unanimidad absoluta y edificante.

FLOR Señor Presidente: mis más rendidos parabienes,

GLO. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Mi Alfredo! *(Le abraza.)* Te aclaman, han invadido el jardín... ¿Ya no dudarás?

ALF. No, ya no dudo...

GLO. ¡Mío! *(Acariciante.)* ¡Sólo mío!

ZÚÑ. *(Abriendo las puertas del balcón.)* Mira, mira tu fuerza. Esos son tus poderes.

VOZ Viva el presidente. *(Dentro.)*

VOCES Vivaa...

PLA. ¡Cuantioso!...

FLOR ¡Qué información!

GLO. Asómate. Que te vean. Diles algo.

ALF, ¿Qué voy a decirles?

ZÚÑ. ¡Si yo estuviera en tu pellejo!

GLO. *(Empujándole.)* Anda. (ALFREDO *se dirige lentamente al mirador, desapareciendo de escena, como si se colocase en un extremo invisible para el público. Los demás personajes se aproximan al balcón, menos Zúñiga y Platell, que quedan en primer término, Se supone que habla el Marqués. Vivas y aplausos.)*

ZAL. *(Entrando por la derecha, cruza la escena hacia el*

*balcón, y dice.*) En el hall aguardan varias comisiones.

PLA. (*Cogiendo de un brazo a Zúñiga.*) Supongo que esas comisiones...

ZÚÑ. No se alarme. Esas trabajan gratis por ahora Se habrá convencido, amigo Platell, de que sé manejar la opinión.

PLA. Y mi dinero.

ZUÑ. ¡Bah! Una insignificancia para usted. ¡Cien mil pesetas de entusiasmo! ¡Una bicoca!

PLA. Tanto como una bicoca...

ZÚÑ. Hágase cargo de que son mis visitas de abogado. Nadie lo hubiera hecho más barato. (*Fuera estalla la ovación. Nuevos vivas, y el rumor público empieza a alejarse. Los demás personajes vuelven al centro de la escena; el último, Alfredo, lívido, desencajado. Todos le felicitan. La Marquesa, le abraza.*)

ZÚÑ. ¡Bravísimo, qué elocuencia!

PLA. Muy bien.

FLOR Exquisito.

ZAL. Un gran estadista.

ALF. Agradecido, agradecido. Pero...

ZUÑ. Sí, sí. Debemos dejarle (*A todos.*) Que saboree en la intimidad del hogar, el descanso de esta jornada gloriosa. (*Se inician los mutis.*)

FLOR Señor Marqués, muy de verdad, estoy emocionado. (*Mutis.*)

ZAL. Señor Presidente: yo siempre incondicionalmente a sus órdenes. (*Mutis.*)

PLA. Me felicito. Y me adelanto a pedirle la primera audiencia.

ALF. Concedida. (*Mutis de Platell.*)

ZÚÑ. (*Abrazándole.*) Yo... no te digo nada. Alfredo, un abrazo. (*Mutis.*)

## ESCENA ULTIMA

ALFREDO *y* GLORIA, *solos.*

*(Gloria, en vencedora, febril, va y viene por el salón. Alfredo, abatido, irresoluto, unas veces; otras, acometedor, como un león acosado. La escena, muy movida y expresiva por parte de los actores.)*

ALF. *(Sentándose, cayendo más bien, sobre un sillón.)* Ya está; ya está logrado todo.

GLO. *(Llegándose a él acariciadora.)* ¿Qué te pasa? ¿Aún no estás satisfecho? ¿Quieres más?

ALF. No; ya no quiero nada, porque todo me sobra.

GLO. Alfredo... Nunca se ha llegado. Vivir, «vivir de verdad», es caminar siempre, desear siempre. No se «llega» más que a la muerte.

ALF. O a la victoria que no es victoria, sino vencimiento; a otra muerte.

GLO. ¿Te quejarás? Todavía están lejos los cuarenta años, y ya eres dueño de todo, de tu país, del poder... *(Acariciándole el cabello.)* ¿Negarás tu triunfo? ¿Nuestro triunfo?

ALF. El tuyo, no. Porque has coronado de realidades tus sueños. El mío, sí; lo niego, porque no es triunfar conseguir lo que no se ha ambicionado...

GLO. ¿Que no ambicionabas?...

ALF. Pero, noblemente, de otro modo, cara a la verdad, y por el bien de los demás. Eso es vencer; realizar nuestras ideas más puras, sin claudicaciones ni mentiras; se vence cuando el triunfo responde, plena, absolutamente, al ideal propuesto... Pero, ¡vencer cuando se tiene consciencia de que la conciencia se apaga, y el ideal, su antorcha, se hunde, apagado también, no es triunfar, es envilecerse. *(Se levanta en actitud de*

*«Ecce Homo», fracasado, frente a su mujer.)* ¡Mírame! Aquí tienes tu obra: soy un vencido...

GLO. *(En transición de mujer segura de sí misma; serena, convencida de sus fuerzas y convincente. Muy despacio.)* Lo que eres, es un actor, que mientes con estupenda gracia al espectador sentimental que hay en ti mismo. Sabes que le gustan las escenas derrotistas, v le das gusto con tus aptitudes teatrales de fracasado. (*Con firmeza.*) En el fondo, tu verdad, la verdad porque te amo, y te sigo y te apoyo, es que eres un luchador, un alma de mi mismo temple. Amas, ante todo, la vida, la fuerza, la victoria... El otro, el sentimental, el... cursi, no es en ti más que el espectador, de quien te ríes a solas cuando la farsa acaba. Y me amas a mí, me adoras, estás encadenado a mi amor, porque soy la realidad de tu vida. Tu ambición de gloria hecha carne, espuela y ala de tus sueños.

ALF. (*Reanimado, yendo hacia ella, pero sin llegar.*) ¡Calla! ¡Calla! Me embriagas, me aturdes... No me arrastres en tu torbellino...

GLO. Te descubro, te defino, sencillamente. (*Profética.*) Alfredo: tú y yo somos de la misma raza; de la raza de los fuertes, de los que merecen vencer porque lo sacrifican todo a su ímpetu... (*Pausa. Transición en Alfredo.*)

ALF. Acaso... llevas razón. Soy, me has hecho ser, o me has descubierto que soy, de los vencedores. Pero aún me da horror saberlo. ¡De cuántas miserias, de cuántos dolores, y sangre y lágrimas, no está hecho nuestro triunfo! Tú, «espuela y ala» de mi ambición, eres cruel como soy yo, como lo es la vida... En esto reconozco mi estirpe—no sé si maldita o sagrada—de alma

fuerte: en que por encima de todo, «amo la vida.»

GLO. ¡Me amas a mí, que soy tu vida!

ALF. *(Abrazándola.)* ¡Sí, mi vida, mi vida loca!

TELON

Barcelona, Septiembre, 1828.

PRECIO: 3 PESETAS